**CAMINANDO HACIA UNA COMUNIDAD CÓSMICA *Margot Bremer rscj***

Parece que tanto el cosmos como la naturaleza hoy son “paradigmas perdidos” (E. Morin) para la humanidad*.* Sin embargo, su importancia fue confirmada hace poco (2007) por la Iglesia latinoamericana en Aparecida, cuando nos invitó  *“evangelizar a nuestros pueblos para descubrir el don de la creación, sabiéndola contemplar y cuidar como casa de todos los seres vivos y matriz del planeta…”* (DA 474 a). El contexto de este documento eclesial nos permite interpretar esta declaración como comprensión nueva del profetismo; pues le antecede una exhortación para asumir el rol de “profetas de la Vida” (DA 471).

La actual crisis ecológica-ambiental, en el marco de un cambio de épocas, nos obliga a cuestionar y replantearnos muchos conceptos heredados, los que fueron elaborados en otros tiempos y contextos. Hasta ahora hemos interpretado el mundo desde el punto de vista de la vida humana, pero hoy es necesario ensanchar esta visión de la Vida y eso apunta a la necesidad de transformar nuestra visión **antropo**-céntrica para llegar a una auténtica **cosmo**-visión.

**¿Un Jesús cósmico?**

La Biblia tiene fama de ser antropocéntrica. Pero como fue escrita en diferentes épocas y por diferentes autores, nos preguntamos si no contiene a caso también algunos fundamentos de una visión cósmica.

Encontramos en el AT explícitamente un sentido cósmico en los dos relatos de creación (Gen 1,1 - 2,4ª; Gen 2.4b -25), también en muchísimos Salmos, en los libros proféticos y sobre todo en los libros sapienciales como Job, Ruth, Jonás, Prov 8,22ff, etc.

También en el NT encontramos un contexto cósmico a pesar de ser redactado en un ambiente griego-urbano. Los evangelios presentan a Jesús en estrecha relación con la tierra, de la cual brotaron sus hermosas parábolas que dieron “*a conocer cosas que estaban ocultas desde la creación del mundo”* (Mt 13,35).

 El evangelista Juan, quien abre el prólogo de su evangelio con las primeras palabras del relato de Creación en el AT, continúa haciendo una relectura cósmica apartir del acontecimiento de la Encarnación: *“… Todo se hizo por él y sin él no existe nada…En él estaba la vida….”* (Jn 1,1.4a). Es la fundamentación de una nueva creación o recreación radical que Jesús sintetiza con la palabra: *“He vendido para que tengan vida… en plenitud”* (Jn. 10,10), lo que en término histórico-cultural de su pueblo, sería el “reino”. Pablo sostiene esta misma teología cósmica al decir que Cristo es

 “*el Primogénito de toda la Creación, ya que en él fueron hechas todas las cosas; las del cielo y de la tierra…Todo fue creado por él y para él, los del cielo y los de la tierra, él es anterior a todo, y todo subsiste en él…El es el principio, y renació antes que nadie de entre los muertos para tener en todo el primer lugar, porque así quiso Dios que la Plenitud permaneciera en él”* (Col 1,16-19).

Es decir que por Cristo fue iniciada toda la vida de la creación con el destino de llegar a su plenitud en él como principio y fin de toda la Vida. Al hacerse creatura, se “encarnó” no solamente en casa de la humanidad, sino en casa de todo el cosmos, es decir que entró en la creación entera*.* Y sabemos que creación es a la vez redención: el Hijo de Dios, en el que todo fue creado, al entrar en su creación como parte de la misma, se hizo camino redentor para que ésta llegase a la plenitud*.*

Hoy estamos interpelados a entender la historia de la humanidad dentro de la historia cósmica como historia de creación y salvación. Nuestra visión de Jesucristo y de la vida ha sido siempre antropocéntrica, pues naturaleza y cosmos nos sirvieron solamente como telón de fondo para realizar nuestra vida humana. Esta comprensión ha condicionado profundamente nuestra manera de relacionarnos, tanto con los humanos, como con la naturaleza y con Dios mismo. Ahora estamos desafiados a desaprender y reaprender para iniciar una vida humana interrelacionada con toda la vida de la creación. Necesitamos experimentar a un Cristo presente en la creación entera. Se trata de una creación dinámica, “en proceso”, en “expansión y evolución” hacia su meta: la plenitud que se realizará a través de la comunión, llegando a ser una única comunidad de vida a través de, con y en Cristo.

**Iluminación teológica de los pueblos originarios**

También los pueblos originarios con su visión cósmica, nos pueden iluminar con su milenaria convivencia con el cosmos. En aquellos pueblos, se percibe hasta hoy una intensiva convivencia con la tierra y con todas las formas de vida que ella genera. Ellos investigan, respetan y siguen fielmente las leyes de vida que descubren en la naturaleza y el cosmos. Los pueblos guaraníes, por ejemplo, llaman al creador de la vida *Ñanderuvusu, Namandú* o *Ñanderu*, Nuestro Gran Padre, título divino atribuido a todos los seres vivos, considerando de este modo a todos ellos hijos y hijas suyos. Se auto-comprenden como una ”pequeña porción” de toda la vida en el cosmos. La tierra es el lugar de formar comunidad con todos los seres vivos de la naturaleza y de poder relacionarse a través de ellos con el Creador. El respeto al orden cósmico manifiestan con una apasionada búsqueda de sintonizar su vida con el ritmo del cosmos: con la tierra, con los astros y con las estaciones del año. Quieren obedecer a los principios de vida presentes en la naturaleza, porque en ellos *Ñanderuvusú* quiso revelar su sabiduría, su sueño de una creación con vida en plenitud (en madurez).

**Caminar hacia un Paradigma cósmico de la vida humana**

Hemos descubierto en la convivencia guaraní la posibilidad de una interrelación entre Dios Creador y su creación entera de la cual el ser humano es una “pequeña porción”.

Si entraríamos en diálogo y aceptaríamos esta nueva visión, no solamente cambiaría nuestra manera de relacionarnos con la naturaleza, con el cosmos, sino también con Dios y con los demás. Pues los pueblos guaraní han encontrado en el orden de la naturaleza y del cosmos, el verdadero orden creacional, soñado por Dios. Al convivir con esta tierra y al caminar sobre ella, ellos han encontrado inmensas manifestaciones de la Sabiduría divina en la vida que esta tierra produce y alberga. En una palabra:la naturaleza y el cosmos son primeras fuentes de revelación de Dios para ellos. Ellos se consideran en un proceso de permanente renovación y crecimiento desde su espiritualidad. En todos los ámbitos de su vida practican coherentemente la reciprocidad: en sus ritos religiosos, en la educación, en el trabajo comunitario, en su economía, en la salud, etc. Siempre como respuesta al Dios Creador con la conciencia de ser una “pequeña porción de su sabiduría, su amor y su canto sagrado” (cfr. Ayvu Rapytá).

También Jesús manifestaba mediante sus parábolas de que él vivía esta relación con la naturaleza, sirviéndose de los principios de vida inherentes en ella para explicar los misterios de crecimiento y vida del Reino en la creación. Hasta su propio misterio pascual lo explicó mediante el principio de muerte y vida nueva de un grano de trigo (Jn 12,24). Él mismo renovó la alianza del Creador con su Creación en nosotros, los seres humanos, pero a través de productos generados por la misma tierra: trigo y uvas, transformados en alimentos del hombre, y transformados por Jesús en alimento de la alianza nueva con Dios.

**El Desafío del Equilibrio**

Los guaraníes consideran el proyecto soñado por el Creador especialmente en el mantenimiento del equilibrio inherente a la creación; ellos perciben su misión en re-establecer siempre de nuevo el desequilibrio. Esta misión no contradice absolutamente nada a la enseñanza de Jesús, más bien la confirma.

 Por lo menos ya está presente hoy en nuestra sociedad la consciencia de desequilibrio. Nuestra tradición nos educó a dar a los que tienen menos pero nunca nos educó a recibir de aquellos. Esta actitud unilateral ha imposibilitado el dinamismo de reciprocidad y con eso la construcción de una comunidad en la diversidad; también nos habían enseñado a ser dueños de la naturaleza. Con estos dos presupuestos nunca podremos entrar en una relación de reciprocidad en la diversidad de seres vivos.

**Conclusión**

Hoy día la gran amenaza es la destrucción del planeta por la depredación inmisericorde del mismo hombre. Urge cambiar nuestra relación con la naturaleza y con el cosmos. El gemido de la Creación nos presiona replantear nuestro ser y nuestra vida desde el sueño del Creador y no desde nuestros propios sueños. Este cambio necesario solo se va a conseguir con el auto-despojamiento de nuestro incrustado antropocentrismo. De este modo nos libraremos a la posibilidad de entrar en una nueva relación con naturaleza y cosmos, relación experimentada y vivida por los pueblos originarios de estas tierras desde miles de años. Un cambio en el modo de relacionamiento producirá también un cambio en el modo de pensar, de vivir y de ser. Lo más importante es no conformarnos sino tomar conciencia de la propia parte de corresponsabilidad de nuestra situación, la que nos debe impulsar a un cambio de práctica. Todas estas consideraciones nos hacen ver que urge una relectura de nuestra vida humana para integrar la olvidada dimensión cósmica. Necesitamos adquirir una visión de la tierra como lugar creacional y productivo en donde, al relacionarnos entre todos los seres vivos en nuestra diversidad y al interactuar en reciprocidad, pueda desarrollarse toda clase de vida que está caminando y convergiendo en la gran comunidad de vida, su plenitud. Debemos aprender a entrar en sintonía con el ritmo de la naturaleza y del cosmos como nos están testimoniando las comunidades guaraníes con su dinamismo de reciprocidad en la diversidad.

Sería la adquisición de una nueva conciencia profética. Momentos de cambio obligan a mirar los orígenes: de la vida, de la historia humana y de la cultura de cada pueblo para reaprender las leyes de la Vida. Ha llegado la hora de dialogar con las sabidurías ancestrales sobre el cosmos, sabidurías que han nacido en estas tierras guaraníticas y que laten en los gemidos de la creación entera(Rom 8,22) para ser escuchadas.